
***Des-fetichizar la “globalización”: basta de
reduccionismos, apologías y demonizaciones,
mostrar la complejidad y las prácticas de los actores****

Daniel Mato**

En estos días se habla y escribe demasiado sobre algo que se da en llamar “globalización”. Pero en general se lo hace de maneras poco precisas, reduccionistas y fetichizadoras, que no sirven de mucho para orientar las acciones de los actores sociales. Dependiendo de quién habla o escribe, resulta que eso que nombran “globalización” es señalado como causa de todos nuestros males o, alternativamente, como la panacea que resolverá todos nuestros problemas.

En general, se hacen pocos esfuerzos por explicar en qué consiste eso que suelen denominar “globalización” y que a mi modo de ver –y como explicaré– sería más fructífero conceptualizar como *procesos de globalización*. De manera análoga, pienso que se hacen pocos esfuerzos por ayudarnos a comprender cuáles y cómo son/somos los actores sociales que consciente o inconscientemente participan/participamos en procesos sociales de los que resulta más globalización, es decir más y más significativas interrelaciones e interdependencias entre actores sociales a niveles tendencialmente planetarios. Es precisamente a estos procesos sociales a los que llamo *procesos de globalización*. Finalmente, y en consecuencia,

* Este artículo se basa en la ponencia “Des-fetichizar la ‘globalización’: basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones; mostrar la complejidad y las prácticas de los actores” que presenté en la 2ª Reunión del Grupo de Trabajo “Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) realizada en Caracas del 9 al 11 de noviembre del 2000. Posteriormente una versión revisada de esa ponencia fue aceptada para su publicación en el N° 13 de *RELEA-Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas), actualmente en prensa. En la presente versión examino algunos ejemplos adicionales y elaboro más algunas ideas expuestas en esos textos anteriores.

** Coordinador del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Centro de Investigaciones Postdoctorales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
<e-mail: dmato@reacciun.ve> <url: http://www.geocities.com/global_cult_polit>

esos discursos de la globalización que invisibilizan las prácticas de los actores, no nos dan pautas acerca de cómo los actores sociales pueden/podemos incidir de manera informada en las transformaciones sociales contemporáneas.

Por eso el primer objetivo de este texto es señalar los que a mi juicio son los errores más importantes en las formas predominantes de pensar la “globalización”, y el segundo es presentar una perspectiva de análisis que pone de relieve la *dimensión cultural* (es decir, *simbólico social*) de algunos *procesos de globalización* particularmente significativos para comprender las orientaciones de las transformaciones sociales contemporáneas. Mi interés al presentar una perspectiva de este tipo es ofrecer bases potencialmente útiles para que diversos tipos de actores sociales puedan formular más informadamente la orientación de sus prácticas, es decir, para que definan sus *políticas*.

Iré presentando esta perspectiva alternativa a través del análisis de aspectos parciales de algunos tipos de *procesos de globalización*. Pero además, a través de esos ejemplos iré tratando otro problema que me preocupa: el de ciertas concepciones reduccionistas de la idea de *cultura*. Aquellas que con la palabra *cultura* hacen referencia exclusivamente a lo que otros pensamos que se debería llamar claramente el sistema de las “bellas artes”, pero también el problema de aquellas otras concepciones de la idea de *cultura* que, aunque rompen con las limitaciones de asociarla a la idea de “bellas artes”, no obstante sólo llegan a incluir en ella otros tipos de prácticas sociales que según los casos y alcances suelen llamar “artes” o “culturas tradicionales”, o “artes” o “culturas populares”, o “industrias culturales”, denominación que refieren a sólo un pequeños grupo de actividades humanas. Estas concepciones de la idea de *cultura*, aunque preferibles a aquella limitada a las “bellas artes”, tienen otras limitaciones que he examinado en publicaciones anteriores (Mato 1997) y que referiré muy brevemente más adelante. Por eso, a través de los ejemplos que utilizaré para presentar una perspectiva alternativa de cómo ver la globalización, estaré a la vez proponiendo una visión más integrada de la idea de *cultura*, que apunta a poner de relieve *los aspectos simbólico-sociales de todas las prácticas humanas*.

Poniendo en relación esta otra concepción más integrada de la idea de *cultura* con la idea de *políticas* que proponía más arriba –es decir, una idea amplia de *políticas*, entendidas como las orientaciones de las prácticas de todos los actores sociales, y no sólo de las de gobiernos y entes gubernamentales e intergubernamentales, como suele asumirse– podremos/podrán los actores formular *políticas culturales* acordes con los *tiempos de globalización* que vivimos.

Así, como consecuencia de los cambios de concepciones propuestos, la propia idea de *políticas culturales* resultante de ellos también es más amplia e integrada que la manejada habitualmente. Digo esto porque la idea de *políticas culturales* que de aquí resulta no se limita a designar –como es habitual en algunas concepciones del tema– las *políticas* de un único tipo de actores sociales (los go-

biernos, sus agencias y organismos intergubernamentales) y para un ámbito relativamente restringido y parcial de las prácticas sociales (sea que en este ámbito se incluyan sólo la “artes”, o también las llamadas “culturas tradicionales” y/o “populares”, y/o también las llamadas “industrias culturales”). Tampoco esta idea se limita a designar las políticas de un conjunto más amplio de actores (tal que incluye empresas y organizaciones sociales diversas) pero respecto de un limitado ámbito de prácticas sociales (las relativas a las “bellas artes” y/o las “culturas populares”, las “industrias culturales”, etc.). Por el contrario, la idea de *políticas culturales* que así resulta es más amplia en el sentido de que está referida a todos los actores sociales (sean organismos de gobierno, organizaciones comunitarias y otros tipos de organizaciones sociales, empresas, etc.), pero además es también más abarcadora, e integra a todo aquello que se relaciona con el carácter simbólico de las prácticas sociales y en particular a la producción de ciertas representaciones sociales que –como argumentaré– juegan papeles claves en la constitución de los actores sociales y el diseño de sus políticas y programas de acción¹.

Cómo no comprender la globalización: fetichizadores y cazafantasmas

Comenzaré por señalar los que a mi juicio constituyen los errores más importantes que caracterizan a las formas dominantes de representarse la idea de globalización. Pues estas representaciones de carácter hegemónico frecuentemente bloquean las posibilidades de formularse preguntas de investigación que puedan conducir a interpretar los procesos sociales contemporáneos de otras formas. Es decir, estas formas de representarse la globalización aparecen como certezas que obstaculizan las posibilidades de formular análisis que no asuman a priori que tal “globalización” sería una suerte de fenómeno suprahumano, y que de este modo permitan visualizar posibilidades de intervención en los procesos sociales contemporáneos.

La mayoría de quienes demonizan la globalización, como la mayoría de quienes hacen su apología, comparten un error de base: *fetichizan* eso que llaman “globalización”. Es decir, representan eso que llaman “globalización” como si se tratara de una suerte de fuerza suprahumana que actuaría con independencia de las prácticas de los actores sociales. Por ello no se detienen a analizar cómo participan diversos actores sociales en la producción de formas específicas de globalización (amplíe estas ideas en Mato 1999[a]).

De manera levemente diferente, pero en sustancia semejante, hay quienes aún fetichizándola atribuyen su existencia a factores meramente financieros y/o tecnológicos, es decir, ofrecen interpretaciones reduccionistas, sea de corte economicista o tecnologicista. Adicionalmente, en estos casos esos factores acaban teniendo carácter anónimo: así se invocan en abstracto “las fuerzas del mercado” o “el poder de las tecnologías”. Como si “el mercado” fuera algo más que una

creación humana, resultante históricamente de fuerzas humanas, actualizado a diario a través de prácticas humanas enmarcadas en instituciones que también son de carácter histórico (es decir dinámicas, cambiantes y transformables) guiadas por ciertas formas de representarse la experiencia y sus posibilidades de transformación. O como si las tecnologías actuaran por sí mismas, como si nadie las produjera y nadie las aplicara. Así, la mayoría de esos pocos análisis que señalan fuerzas actuantes tras el fetiche frecuentemente presentan a esas fuerzas como anónimas, es decir, sin mostrar las prácticas sociales que las impulsan; y de este modo coinciden con los fetichizadores en no ver las acciones humanas.

En el otro extremo, algunos de quienes comparten la visión simplista que equipara globalización a “*libre comercio*” representan a la idea de globalización como si ésta fuera producto de la voluntad de un número reducido de gobernantes y tecnócratas. Adicionalmente, quienes reducen la idea de globalización a la globalización económica generalmente también equiparan a ésta con su versión neoliberal, y acaban confundiendo globalización con neoliberalismo.

Así, se representan eso que llaman globalización como si ésta no fuera otra cosa que un montón de acuerdos económicos orientados por la idea de liberalización de los movimientos comerciales y de capitales, más los movimientos de capitales y comerciales que se dan en tal marco jurídico de inspiración neoliberal y sus consecuencias macroeconómicas, y lo que a su vez consideran las consecuencias sociales de las tendencias macroeconómicas. El carácter hegemónico de las interpretaciones económicas del mundo y de la vida social es un rasgo saliente de la vida contemporánea, como también, y en tal marco, lo es la hegemonía de la manera “neoliberal” de ver el mundo, de interpretar las acciones humanas. Sin embargo, eso no significa que globalización sea sinónimo de neoliberalismo. Al contrario, necesitamos una aproximación teórica a la interpretación de los procesos de globalización contemporáneos que nos permita comprender cómo los discursos economicistas, y en particular el “neoliberal”, se han hecho hegemónicos.

El caso es que como consecuencia de los factores arriba enunciados en general no encontramos análisis acerca de quiénes y cómo toman las decisiones que conducen a tales políticas, a tales movimientos económicos, al desarrollo y adopción de esas tecnologías. Insisto, *el principal rasgo de estos discursos sobre la globalización es que en ellos los actores sociales no se ven*. Sin embargo, en algunos de ellos sí se menciona algo parecido a actores sociales, pero entonces resulta que se los imagina como unos pocos individuos conspirando. Menuda forma de imaginar la historia contemporánea del género humano.

Lo importante del caso es que, una vez operadas todas estas reducciones, dependiendo de la orientación ideológica de los hablantes o autores en cuestión, estos concluyen que eso que llaman “globalización” o bien es una panacea, o bien es la causa de todos los males.

El problema es que estas formas de imaginar la globalización, aunque aparentemente contradictorias entre sí, conducen a lo mismo: a ignorar las prácticas de los actores sociales. Y así, o bien conducen a la parálisis de los actores sociales cuando asumen que eso que llaman “globalización” es una suerte de fenómeno suprahumano, o bien conducen a la alienación fundamentalista de los actores, sea llamándolos a adherirse incondicionalmente a las reformas neoliberales, o bien llamándolos a oponerse con el mismo tono fundamentalista no sólo a las reformas neoliberales sino también a todo lo extranjero, a replegarse sobre ellos mismos, a aislarse.

Es necesario diferenciar cuidadosamente entre lo que podríamos llamar la “*globalización neoliberal*” y otras formas de globalización, es decir, otras formas de producir interrelaciones de alcance planetario, muchas de las cuales incluso se oponen a tal “globalización neoliberal”, pero que no por ser anti-reformas neoliberales son menos globalizantes. El ejemplo más claro de esto es precisamente el movimiento de carácter transnacional y alcance crecientemente planetario que se hizo visible con las protestas efectuadas en la ciudad de Seattle en noviembre de 1999 en ocasión de una reunión de la Organización Mundial de Comercio, y que desde entonces ha realizado numerosas movilizaciones en muy distantes ciudades del globo, hasta confluír en enero del 2001 en la ciudad de Porto Alegre, Brasil, donde unas 15.000 personas de todos los continentes se reunieron en el Primer Foro Social Mundial, el cual produjo un documento que concluye con estas palabras: “Llamamos a todos los pueblos del mundo a unirse a esta lucha por construir un futuro mejor. El Foro Social Mundial de Porto Alegre es un camino hacia la soberanía de los pueblos y un mundo justo” (Seoane y Taddei: 205). Es decir, se trata de un movimiento globalizador que convoca a globalizar más, sólo que no bajo la égida de las ideas neoliberales, sino precisamente en la crítica a ellas. En otras palabras, las cosas no son tan sencillas como optar fundamentalistamente por estar “a favor” o “en contra” de eso que llaman globalización, sino que se trata de analizar los procesos sociales contemporáneos de maneras potencialmente más provechosas, que nos permitan participar consciente e informadamente en ellos.

Una perspectiva más fructífera para interpretar los procesos de globalización contemporáneos, y algunos ejemplos

Voy a proponer una manera de analizar eso que llaman “globalización” que pienso que puede resultar más fértil. Es decir, una manera que rinda frutos a los actores sociales, que nos ayude a comprender qué está pasando y cómo actuar en ese contexto. Pienso que para lograr tal cosa necesitamos como mínimo *ampliar el rango de nuestra mirada, analizar la complejidad, estudiar las prácticas de algunos actores sociales significativos y cómo éstas se relacionan con las de otros*

actores, y sobre todo estudiar las interrelaciones de tipo global-local. Pero una perspectiva de este tipo es demasiado amplia para llevarla adelante como proyecto individual: por eso agrego a ella un matiz respecto del tipo de mirada, y específico entonces que mi interés es poner de relieve los aspectos culturales, es decir simbólico-sociales, de estas prácticas. Sin embargo esto no supone asumir que “lo cultural” anda por un lado, “lo político” por otro y “lo económico” por otro. No, semejante manera de ver las cosas supone confundir lo limitado de nuestras miradas con lo complejo y multifacético de la experiencia social. Sin embargo, como es difícil dar cuenta de tal complejidad sin el concurso de varios puntos de vista, pero sobre todo sin la conciencia de que cada uno de ellos es necesariamente parcial, pienso que es necesario ensayar maneras de trascender los límites de las miradas disciplinarias (es decir, disciplinadas por las disciplinas académicas establecidas) y ensayar perspectivas transdisciplinarias que salgan al encuentro de otros puntos de vista, y que para lograrlo dejen explícitamente abiertas las posibilidades de complementariedad.

Así las cosas, desde dicha perspectiva *procuro estudiar las interrelaciones de tipo global-local entre las prácticas de los actores –con una mirada cultural (es decir una que atiende especialmente a sus aspectos simbólico sociales)– observando especialmente cómo se produce el sentido común de esta época, y más específicamente ciertas representaciones de carácter hegemónico que orientan las transformaciones sociales en curso* (he expuesto estas ideas más ampliamente en otras publicaciones, por ejemplo: Mato 1995, 1996, 2001[a]).

Veamos: propongo en primer lugar que debemos evitar fetichizar la idea de “globalización”, y que una forma de comenzar a hacerlo es no hablar de “globalización” en singular y casi como si se tratara de un nombre propio (en este caso presumiblemente de una suerte de demiurgo), y hablar en cambio de *procesos de globalización*, así en plural. La expresión *procesos de globalización* nos sirve para designar de manera genérica a los numerosos procesos que resultan de las interrelaciones que establecen entre sí actores sociales a lo ancho y largo del globo y que producen *globalización*, es decir, interrelaciones complejas de alcance crecientemente planetario. Este conjunto de interrelaciones es resultado de muy diversos tipos de procesos sociales en los que intervienen en la actualidad, y han venido interviniendo históricamente, incontables actores sociales en los más variados ámbitos de la experiencia humana, desde los más variados rincones del globo (amplí estas ideas en Mato 1995, 1996, 1999[b], 2000[b], 2001[a]).

Entre esos numerosos procesos, efectivamente podemos distinguir algunos cuyos efectos son aquellos que frecuentemente mencionan las maneras las maneras predominantes de imaginar la globalización, es decir esos procesos cuyos aspectos económicos, pero no otros, suelen ponerse de relieve. Sí, es cierto, esos procesos y esos aspectos existen. Pero además podemos y debemos ver que esos mismos procesos tienen otras dimensiones además de la económica, y también

podemos y debemos ver que hay otros procesos que habitualmente pasan por alto quienes hablan de “globalización”, y que resultan muy importantes. Veamos algunos ejemplos ilustrativos:

Las “maquiladoras” son plantas de montaje establecidas por corporaciones transnacionales de diversas ramas (textiles, automotrices, electrónicos, etc.) en países donde se pagan bajos salarios para realizar el ensamblaje final de partes provenientes del exterior y así producir productos finales que son reexportados casi sin pagar derechos aduaneros. Las maquiladoras comenzaron a establecerse en el norte de México en la década de 1970. Actualmente existen más de 3.000 plantas maquiladoras en México que emplean a más de 900.000 trabajadores, y aunque el 81% de ellas aún se concentra en la zona fronteriza con Estados Unidos, su presencia ya no se limita a ella. Pero además, actualmente las maquiladoras emplean unos 200.000 trabajadores en sus plantas en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (Red de Solidaridad de la Maquila 1995). También las hay en República Dominicana, así como en países del sudeste asiático.

Numerosos estudios realizados sobre la maquila ponen de relieve aspectos económicos del asunto, así como problemas relacionados con el pago de muy bajos salarios, la contaminación ambiental, los atropellos al personal y los impactos negativos en su salud, que no podemos dejar de mencionar. Sin embargo, en esta oportunidad me interesa poner de relieve algunos aspectos culturales asociados al establecimiento de las maquiladoras. En primer lugar debe tenerse en cuenta que en no pocas ocasiones, para numerosos trabajadores de estas plantas, su relación con ellas implica su incorporación –por primera vez– al mercado de trabajo en el marco de una relación estrictamente salarial (e impersonal respecto de la experiencia anterior de algunos de ellos en trabajar en pequeñas empresas familiares, o al menos propiedad de residentes “visibles” de la misma localidad), puesto que numerosas maquiladoras emplean como mano de obra asalariada a personas que hasta entonces estaban dedicadas a tareas agrícolas (sólo en ocasiones en el marco de relaciones salariales), o a la costura y otras actividades no-agrícolas, pero de manera artesanal o en pequeñas empresas. Así resulta que estas inversiones inducen cambios muy importantes en la organización del trabajo y en los hábitos de trabajo y de vida de la gente. Estos cambios no sólo tienen que ver con los tipos de tareas que realizan las personas, sino también con que en muchas ocasiones éstas pasan del trabajo individual, en solitario, en pequeños talleres o en la tierra, al trabajo industrial donde muchas personas trabajan bajo un mismo techo, de maneras coordinadas e interdependientes, con rutinas prefijadas, con horarios rígidos, frecuentemente rotativos, en condiciones que muchas veces afectan su salud, además de sus hábitos de vida. Pero no sólo eso: muchas de estas empresas ofrecen empleos que frecuentemente son tomados por mujeres jóvenes (en México 70% de las trabajadoras de las maquiladoras son mujeres, la mayoría de entre 16 y 24 años de edad; en Guatemala el 90% son mujeres) que hasta entonces no tenían empleo remunerado, sino que participaban en empresas familiares

sin recibir remuneración alguna. De este modo se alteran los modos de organización de la vida familiar y también las relaciones de poder en el seno de las familias (estos cambios son significativos, independientemente de si uno los considera positivos para las relaciones intergenéricas o intergeneracionales). También cambian las pautas de consumo de estos trabajadores, el tiempo disponible para alimentarse, los alimentos que pueden prepararse o tomarse en ese tiempo, la disponibilidad de efectivo para hacer compras, el tipo de ropa que necesitan o desean usar, los productos de las industrias del entretenimiento por los cuales se interesan, etc. (Green 1995, Peña 1997, Red de Solidaridad de la Maquila 1995).

Obviamente, los cambios reseñados en el párrafo anterior no son simplemente económicos, sino también sociales y culturales. Estos cambios no son producidos solamente por la empresa transnacional. La empresa elige ese lugar para establecer su maquila, y no otro, porque se dan ciertas condiciones, algunas de las cuales se relacionan con procesos macroeconómicos que responden a decisiones de actores sociales no sólo globales sino también nacionales, y que se expresan en las políticas económicas, las cuales en última instancia responden a ideas de “desarrollo” y/o de “modernización”, referentes que no son simplemente económicos sino a la vez políticos y culturales. Pero además de factores y decisiones de orden global y nacional, también hay decisiones de actores municipales, así como de actores estatales, provinciales o departamentales (según los países), los cuales acuerdan permisos de instalación, promueven regímenes impositivos preferenciales (muchas maquilas operan en “zonas francas” o en otros tipos de marcos preferenciales), facilitan el entrenamiento de los trabajadores, obvian regulaciones –o al menos controles– sobre el cuidado del medio ambiente, la salud de los trabajadores y sus derechos sindicales, etc. Pero además están las personas que acuden a las empresas en busca de empleo, lo cual se relaciona en parte con la inexistencia o la falta de atractivo de otras opciones de empleo en la zona, como así también con las formas de organización del trabajo en la zona, el régimen de tenencia de la tierra, las preferencias y valores de la gente, etc. En fin, lo que deseo poner de relieve es que detrás de una inversión y de todo lo cultural y político que la acompaña, hay personas y organizaciones que toman decisiones: no es meramente una cuestión de impersonales mercados, y por tanto de lo que se trata es de estudiar estos procesos en toda su complejidad, incluyendo el análisis de las formulaciones de sentido que operan como condiciones subjetivas de posibilidad, así como las políticas culturales (es decir de lo simbólico social) de los diferentes actores.

Pero hay algo más que me parece importante destacar a propósito del ejemplo de la maquila, y que además resulta de interés para otros ejemplos que presentaré en las próximas páginas. El ejemplo expuesto muestra que no se trata simplemente de un caso en el cual una “decisión económica” produce “efectos políticos y culturales”, como podría interpretarse desde una visión economicista, y del supuesto básico que la haría posible: que los hechos sociales serían de carácter unidimensional, es decir o meramente “económicos” o simplemente “políti-

cos”, o sólo “culturales”. Por el contrario, lo que con el análisis anterior pretendo mostrar es que la decisión de inversión no es simplemente “económica”, y también que no la toman sólo y unilateralmente los inversionistas. Esta toma de decisión es de suyo compleja, y depende de los diversos factores sociales y culturales ya enunciados (y según los casos también de otros), así como también depende de este tipo de factores y no simplemente de “factores económicos” el hecho de que la gente opte por trabajar en la maquiladora. Sin duda, de uno y otro lado operan “factores económicos”, pero también operan otros tipos de factores: “políticos” y “culturales” (por ej. las representaciones de ideas de “desarrollo”, “bienestar”, y “consumo”, la legitimidad de formas de propiedad de la tierra cuya historia es eminentemente política y cultural, etc.). Me parece innecesario repetir este argumento de complementariedad de miradas en cada ejemplo: simplemente invito a tenerlo presente en la lectura de las próximas páginas, tratando de ponerlo en práctica en la interpretación de cada ejemplo, más allá de las posibilidades de hacerlo explícito que los límites de extensión de este artículo permiten.

Veamos ahora un ejemplo de otro tipo. Uno de los símbolos más usados para representar visualmente “la globalización” es el logotipo de la empresa McDonald’s. Los *Macdonalds* representan para muchos el paradigma de la globalización, porque en esa visión de la globalización *Macdonalds* quiere decir hamburguesas. Y hamburguesas quiere decir “*gringos*”. Y para quienes ven las cosas de esta manera, “globalización” quiere decir que todos acabaremos por pareceremos a los “*gringos*”. Desde luego, esa visión que equipara las ideas de globalización y de homogeneización es tremendamente simplista, como lo ilustran no pocos estudios (véase por ejemplo Appadurai 1996; Featherstone, 1990; García Canclini 1995, 1999; Mato 1995, 1996, 2000[a]; Therborn 1999). Pero más allá de eso, el asunto es que *Macdonalds* no es sólo hamburguesas, ni sólo las Coca Colas o Pepsi Colas que las acompañan. No: además es “comida rápida”, y esto no sólo quiere decir que los clientes comen rápido una comida de ciertas características, lo cual ya implica un cierto tipo de cambio cultural, sino además que hay toda una organización del trabajo y de la empresa que sostiene eso, que hace posible que la comida esté disponible rápidamente, y que lo hace con ciertas características. Y este modelo de organización del trabajo, así como los principios de productividad e identificación con la corporación, y los valores que lo inspiran y lo hacen posible, constituyen quizás el producto cultural más importante que promueve McDonald’s. Y, significativamente, hace esto entre los numerosos jóvenes que en muchas ciudades del mundo comienzan allí su inserción en el mercado laboral. Pero no sólo eso, sino que además el caso McDonald’s se ha transformado en un paradigma de formación en no pocas escuelas universitarias de administración y/o negocios del mundo, y en particular de América Latina. A través del estudio del caso de McDonald’s, los estudiantes, futuros gerentes de empresas, entran en diálogos –que deberíamos estudiar– con particulares sistemas gerenciales, y a través de estos, de valores y representaciones².

Pero allí no termina la complejidad del caso McDonald's, pues ahora resulta que en los últimos años junto con la hamburguesa, la Coca Cola y la organización del trabajo, en sus promociones de "cajitas felices" la empresa incluye muñecos de plástico relacionados con las más recientes producciones de las industrias cinematográficas de Hollywood. Es decir, de una vez se asocia a las industrias del entretenimiento y del juguete. Así resulta que McDonald's se relaciona con uno de los tipos de industrias que algunos colegas llaman las "industrias culturales".

Breve digresión: para una crítica de las ideas de "industrias culturales" y de "consumo cultural"

Para avanzar en mi argumentación acerca de lo que denomino *una perspectiva más fructífera para interpretar los procesos de globalización contemporáneos*, necesito hacer una breve digresión acerca de dos expresiones que vienen utilizándose de manera creciente en los estudios sobre globalización y cultura. Me refiero a las de "industrias culturales" y "consumo cultural". Quiero comenzar por afirmar explícitamente que ambos términos me parecen inconvenientes por las razones que explicaré en las próximas páginas, independientemente de que al amparo de ellos se hayan realizado y continúen realizándose valiosas investigaciones, las cuales no pretendo invalidar con esta crítica de tipo conceptual. Habría que ver en cada caso hasta qué punto o de qué modos esta crítica a esos conceptos fundantes afectaría las investigaciones en cuestión, si acaso lo hiciera. Mi mayor interés al hacerla es destacar tres consecuencias básicas del uso del adjetivo "cultural" para designar a ciertas industrias y consumos en particular: la primera, que nombrar como "culturales" sólo a ciertas industrias y consumos opaca el carácter cultural de todas las industrias y consumos; la segunda, que esta denominación tiende a crear una ilusión de semejanzas entre muy diversas industrias y consumos, unificando y disimulando diferencias significativas, las cuales son quizás aún mayores en el caso de la idea de "consumo cultural", en la cual algunos autores no sólo incluyen los consumos de los productos de las "industrias culturales" sino también otros, como por ejemplo la asistencia a teatros, galerías de arte, museos y otros establecimientos semejantes; la tercera, que estas maneras de denominar a estas industrias y consumos tiende a dotarlos de una suerte de status privilegiado, de una cierta "aura".

El principal problema de ambas ideas es que las aplicaciones que se hacen de estos términos usualmente están demasiado asociadas a la idea de "artes", aunque en general sus referentes son algo más abarcadores. Habitualmente incluyen a ciertas industrias y al consumo de sus productos: gráficas y editoriales (aunque habitualmente se obvia analizar la relación con ellas de escritores y otros creadores), radio, cine y televisión, y en algunos casos se amplía la idea para incluir de manera abarcadora a los medios de comunicación y a algunas industrias de entre-

tenimiento y espectáculo (no a todas, ya que los autores que utilizan el término habitualmente no incluyen al deporte empresarialmente organizado como espectáculo), etc. Y como he dicho anteriormente, bajo la idea de “consumo cultural” también suele incluirse la asistencia a museos, teatros, etc. Pero si prestamos atención al origen de estas dos ideas, no debería extrañarnos que incluyan sólo a estos tipos de actividades. Ambas fueron acuñadas, aunque en singular –“industria cultural” y “consumidor cultural”, junto a la de “bienes culturales”– por Max Horkheimer y Theodor Adorno, en 1947, en su libro *Dialéctica del Iluminismo* (1979 [1947]). Estos autores estaban preocupados por la formación de lo que en su texto denominaban alternativamente una “cultura de masas” (en ocasiones llamada en el texto “arte de masas”) y por el papel que atribuían a ésta de atrofiar la imaginación, operar como instrumento de dominación, etc., así como por el empobrecimiento que suponía en relación al “arte burgués”, no-industrial. En este último aspecto su obra guarda continuidades con un conocido texto de Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de la reproducción mecánica”, que data de 1936 (Benjamin, 1968 [1936]). En mi opinión, y como suele ocurrir, una y otra obra quedan relativamente apresadas dentro de lo que critican o de lo que explícitamente constituye su sistema de referentes, en este caso de la idea de “arte”. Esto puede constatarse revisando una y otra: aún más allá de sus diferencias, la idea de “arte” está allí, permanentemente, como referente, aún cuando en la de Horkheimer y Adorno no se comenta ni incluye en sus referencias bibliográficas la de Benjamin. Pienso que esta referencia de origen explica en buena medida las limitaciones de este concepto. Desde entonces, el concepto ha sido apropiado y adaptado a la aparición de nuevas “industrias” por numerosos autores, y quizás la diferencia más significativa sea su utilización en plural –“industrias culturales” (Mattelart y Piemme, 1982)–, pero ésta no le quita su marca de origen, la idea de “arte”, ni tampoco parece suficiente para superar las marcas del tiempo.

Pero más allá de esta referencia de origen, a mi juicio lo más importante es que esa manera de ver las “industrias culturales” se queda corta, es muy limitada. Porque en algún sentido todas las industrias son culturales, es decir socio-simbólicamente significativas, algunas de manera más obvia que otras. Digamos que como mínimo habría que aceptar que las industrias de la alimentación, del vestido, del maquillaje y del juguete también son “culturales”, o al menos lo son tanto como las del cine y la televisión, la música, la editorial y las gráficas. Digo esto porque la importancia de unas y otras en tanto productoras de sentido, de simbolizaciones sociales, de representaciones, es comparable. Piénsese por ejemplo en la importancia de la industria del juguete en la formación de representaciones de ideas de género, clase o grupo social, etc., en lo cual por supuesto no puede soslayarse la importancia de los modos de consumo/utilización de sus productos, los juguetes, en contextos sociales específicos. Piénsese de manera análoga en la importancia de las industrias del vestido y del maquillaje en la producción de representaciones de identidades y diferencias de género, étnicas, y de clase o grupo social,

etc., asuntos a considerar nuevamente en relación con los modos de consumo de sus productos, y ello en contextos sociales específicos. Piénsese de manera análoga en la industria de la alimentación, en sus productos, en los modos de consumo de estos, debidamente contextualizados, y su papel en la producción de representaciones de identidades y diferencias étnicas, de clase o grupo social, etc.

Por eso el uso del término “industrias culturales” me resulta problemático, y me parece que al fin y al cabo podría aplicarse a todas las industrias, con lo cual la adjetivación perdería sentido. Por eso prefiero utilizar denominaciones específicas descriptivas de distintas ramas de industria, como por ejemplo del entretenimiento, de la alimentación, de comunicaciones, del vestido, del maquillaje, del libro, del cine, de la televisión, de la música, del juguete, etc. Aunque como sabemos, hay demasiados solapamientos e integraciones entre las diferentes industrias.

De manera análoga, pienso que debemos revisar también la idea de “consumo cultural”. Toda modalidad de consumo es cultural, es decir, simbólicamente significativa y contextualmente relativa: responde a un sentido común o a un sistema de representaciones compartido entre las personas de ciertos grupos sociales o poblaciones humanas, y también y de manera convergente todo consumo reproduce o construye ese sentido común, o bien contribuye a cuestionarlo y producir otros alternativos. El carácter “cultural” de las prácticas de consumo no depende de *qué* se consume, sino de *cómo*. Si queremos destacar que ciertos consumos construyen sentido de manera muy saliente, al menos cuando se los compara con otros, entonces deberemos observar con más cuidado y ver que esa manera más saliente no depende simplemente de *qué* se consume, sino de *cómo* se consume aquello en particular que se consume. Lo que le puede hacer ganar el atributo/adjetivo de “cultural” a ciertas prácticas de consumo en contraste con otras no depende de los objetos consumidos, sino del sentido que quienes consumen y quienes se relacionan con ellos le atribuyen a esos objetos y/o esas prácticas. Un mismo objeto o sistema de objetos (como los de una vitrina comercial o los expuestos en una sala de museo) puede ser consumido de maneras distintas, con sentidos distintos, por diversos actores. Hay quienes miran vitrinas cual si fueran escaparates de museos, y también quienes hacen lo opuesto. Y más aún, estas maneras y sentidos pueden ser orientados inconscientemente o también concientemente para sentir/marcar/desafiar representaciones de identidades y diferencias sociales. La producción de sentido involucrada en esas prácticas de consumo puede ser más o menos consciente o inconsciente, y quizás esta diferenciación respecto de la intencionalidad de ciertas prácticas de consumo puede ser más significativa que los objetos pasivos de esas prácticas: es cuestión de analizar casos específicos. Por lo demás, esta argumentación y potencialidad interpretativa se aplica por igual a productos de las industrias del vestido, del maquillaje, de la alimentación y del juguete, tanto como a los de las del cine, la televisión, el libro, el espectáculo, las comunicaciones, los museos, etc. Pero podríamos ir aún más lejos y aplicarlo a todas las industrias y todos los consumos: piénsese en la importancia “cultural”, simbólico-social, del

automóvil, y de paso también en su impacto en las formas de organización de nuestras vidas, y así otras industrias y consumos. Pero dejaré acá esta digresión para retomar la línea principal de mi exposición.

Más sobre la perspectiva propuesta para interpretar los procesos de globalización contemporáneos

Como se sabe, todas estas industrias –las convencionalmente llamadas “culturales”, y esas otras que he mencionado en la digresión anterior– no sólo son “culturales”, sino que también son industrias. Digo esta obviedad para resaltar que así como al comentar el ejemplo de la maquila mostrábamos el “lado cultural” de una actividad usualmente vista tan sólo como “económica”, también debemos considerar el “lado económico” de las actividades que usualmente son sólo vistas como “culturales”. Y esto no se limita tan sólo a las “actividades culturales” que llevan a cabo las empresas, sino que se extiende también a las que llevan a cabo por su propia cuenta los creadores, los promotores culturales, las organizaciones comunitarias. *Las prácticas de todos los actores sociales, sean empresas, organizaciones gubernamentales u organizaciones no-gubernamentales, todas involucran a la vez aspectos económicos, aspectos culturales y aspectos políticos.* Y al decir que todas involucran aspectos (o dimensiones) políticos, quiero significar que todas expresan y tienen consecuencias en las relaciones de poder establecidas, ya sea reforzándolas o alterándolas³. Para comprender qué está pasando en estos tiempos de globalización y cómo actuar en ellos, necesitamos poner esta complejidad de relieve y analizarla de manera particular ante cada situación en la que pretendemos intervenir, ya sea de manera abierta y directa o mediante la aparentemente inofensiva actividad de investigación y publicación, no sólo por responsabilidad ética y política, sino también por su potencialidad epistemológica: de esa visión integrada surgen preguntas de investigación impensables desde otras perspectivas.

Sin esta visión integrada resulta difícil comprender por qué, por ejemplo, la industria latinoamericana de la telenovela tiene las características que tiene. Por qué produce los tipos de productos que produce, por qué aunque por un lado procura exportar, y por tanto lograr la comprensión y el interés de públicos transnacionales (es decir, a través de las fronteras), no obstante las temáticas y estilos de muchas telenovelas son marcadamente locales; por qué estas industrias están produciendo en Miami, etc. Sin una visión del tipo de la aquí propuesta resulta difícil comprender por qué y sobre todo cómo la transnacionalización de la industria de la telenovela incide en las características de las telenovelas que produce. Lo cual, contra todo prejuicio, no se ha expresado en una suerte de “miamización” homogeneizante del género en su conjunto, como afirman algunos un tanto a la ligera, sino simplemente en la aparición de algunas telenovelas que transcurren

en Miami, así como ha habido y sigue habiendo otras que transcurren en otros lugares de referencia para sus públicos, en lugares específicos de América Latina. Y en esto las telenovelas colombianas y brasileñas constituyen ejemplos particularmente significativos de tematización y localización familiar a sus públicos “nacionales”, y que además resultan crecientemente exitosas a nivel internacional.

¿Y por qué no ha ocurrido la “miamización” total del género, sino sólo la aparición de telenovelas o escenas situadas en Miami, mientras subsisten y se multiplican las situadas en espacios latinoamericanos? Pues en primer lugar porque según lo han explicado numerosos productores de telenovelas a quienes entrevisté para mis investigaciones sobre el tema (Mato 1999[c], 2000[a]), para que una telenovela se exporte ante todo debe tener éxito en su mercado local (éste suele ser el más importante argumento de venta que los productores pueden presentar a sus potenciales compradores), y este éxito depende mucho de las posibilidades de identificación del público con la historia y con los personajes. Es en el mercado local donde se recuperan los costos de producción de una telenovela: la exportación viene después, y a precios que por sí mismos no cubren los costos de producción, sino sólo y con creces los de las copias y su distribución. Esta es una peculiaridad sólo de ciertos tipos de productos, ciertamente los del cine y la televisión entre otros (lo es también en el caso de la industria de la música, pero hay diferencias que no es posible comentar en este espacio). En todo caso, los televidentes hispanoparlantes de los Estados Unidos tienen años viendo telenovelas mexicanas y complementariamente venezolanas y otras, y más recientemente colombianas, y como cualquier otro público demandan telenovelas con más sabor local. Y ahí es donde aparecen las telenovelas que llaman “miameras”. Y una vez que aparecen, como ocurre con cualquier otra telenovela, éstas también se ven en América Latina. O quizás debería decir “en el resto de América Latina”. Porque después de todo, eso que llaman globalización no es un fenómeno unidireccional, sino que juega en múltiples direcciones, y resulta que en ciertos sentidos los Estados Unidos están cada vez más penetrados por América Latina, y así América Latina no termina en la frontera Mexicano-estadounidense, sino que se extiende también más allá. Hay 30 millones de hispanoparlantes en ese país, que no sólo constituyen un apreciable segmento de mercado, sino también una fuerza política y cultural muy importante, como lo han puesto de manifiesto las más recientes campañas electorales en Estados Unidos. Esto resulta cada vez más obvio tanto allá como acá, pero ahora no podemos entrar en detalles sobre este asunto⁴.

En estos tiempos de globalización lo cultural de lo económico y lo económico de lo cultural no se limita a esos ámbitos de las actividades humanas, sino que está presente y tiene importancia política en muchos otros, como por ejemplo en las relaciones que establecen las organizaciones indígenas de América Latina entre sí y con organizaciones ambientalistas y de otros tipos que actúan a escala planetaria, y también en las relaciones frecuentemente conflictivas que establecen entre sí estas organizaciones, los respectivos gobiernos nacionales y algunas cor-

poraciones transnacionales. Pero antes de ofrecer un ejemplo de esto quiero afirmar de manera enfática que es necesario comprender que las relaciones entre organizaciones indígenas y organizaciones globales de diversos tipos encuentran su razón de ser en que éstas últimas se han transformado casi en el único recurso que frecuentemente les ha quedado a las organizaciones indígenas para defender los derechos de sus pueblos, los cuales, como sabemos, han sido y continúan siendo agredidos, discriminados, excluidos. Por eso mismo han tenido que aprovechar al máximo las posibilidades que les abren las relaciones con organizaciones hermanas de otros países, y también con cualquier otro tipo de organización dispuesta a apoyar sus demandas.

De resultas de eso, Felipe Tsenkush, un destacado dirigente del pueblo Shuar, de Ecuador, me comentó irónicamente que cada vez era más difícil ser dirigente indígena. Me decía que primero hubo que aprender el idioma y las leyes de los conquistadores, con el tiempo hubo que aprender a viajar en avión, luego hubo que aprender a enviar un fax, y ahora hay que aprender a usar el correo electrónico. Como quiera que sea, las organizaciones indígenas cada vez se mueven más y mejor a nivel global.

En 1994 tuve la oportunidad de estudiar el Programa Cultura y Desarrollo (C&D) del Festival de la Vida Folklórica “Americana” –por Estadounidense– (el “*Festival of American Folklife*”) que organizaron la Smithsonian Institution y la Inter-American Foundation en la ciudad de Washington. Este festival involucró la participación de 18 organizaciones de 7 países latinoamericanos, 14 de las cuales eran organizaciones de pueblos indígenas dedicadas a luchar por los derechos políticos y territoriales colectivos de sus pueblos, y a proyectos de desarrollo en las áreas de etnoturismo, etnoagricultura, artesanías, educación y comunicaciones⁵.

Conviene tener en cuenta que este festival –como otros eventos de este tipo– no fue un acontecimiento puntual. Su preparación involucró más de un año de acciones específicas por parte tanto de los organizadores globales como de los participantes locales, y hay además numerosos ejemplos de lo duradero de algunos de sus efectos, como por ejemplo el establecimiento de relaciones de trabajo entre algunas de las organizaciones locales participantes, algunas iniciativas negociadas –durante los días del Festival– con varias organizaciones no gubernamentales transnacionales con sede en la ciudad de Washington, el Banco Mundial, el Banco Inter-Americano de Desarrollo, el Departamento de Energía de los Estados Unidos, y comerciantes –autodenominados– “alternativos” de artesanías y productos orgánicos, así como la realización de un evento relacionado –el “Encuentro Intercultural por el Desarrollo y la Identidad Plurinacional”– en Quito en 1996, organizado por algunas de las organizaciones participantes en el Festival con apoyo de las dos agencias estadounidenses involucradas.

Mi investigación durante este programa del Festival me permitió concluir que los diálogos que habían hecho posibles tanto esas relaciones anteriores como el de-

sarrollo mismo del Festival y los intercambios posteriores, descansaban en ciertas maneras de interpretar la experiencia que podemos llamar *representaciones sociales*⁶. Según pude observar, estas *representaciones*, a la vez que hacían posibles esos diálogos, eran también objeto permanente de disputas y negociaciones, que contribuían a transformarlas permanentemente. Pues bien, estas *representaciones sociales* son sin duda un elemento muy importante de eso que se suele llamar “cultura”. Y lo son aunque de ellas no se ocupe de manera explícita y deliberada ningún “ministerio de cultura”, ni ningún otro tipo de oficina gubernamental; aunque ellas no sean objeto explícito de ninguna “política cultural” gubernamental. Y hago estos señalamientos en tono irónico para marcar las limitaciones de las visiones o los usos más corrientes de las ideas de “cultura” y “políticas culturales”.

Pero volviendo específicamente al ejemplo del Festival, decía que éste me permitió observar cómo ciertas *representaciones* en particular eran las que hacían posibles esos intercambios, y que a su vez ellas eran objeto de confrontaciones, negociaciones y transformaciones. ¿Cuáles eran en este caso esas *representaciones*? Pues eran *representaciones* de ideas tales como cultura, desarrollo, raza, etnicidad, identidad, medio ambiente y desarrollo sostenible. Lo interesante del caso es que la coproducción, o bien la adopción adaptada de estas *representaciones* por los actores sociales involucrados, es lo que da sentido y provee marcos para el desarrollo de *políticas* y de programas de acción (a los que últimamente se viene llamando “agendas”) asociados a ellas. En el caso de las organizaciones participantes en el Festival, proveyendo marcos por ejemplo para el diseño de programas de fortalecimiento de derechos culturales, programas de etnodesarrollo, etc.

A propósito de este tipo de procesos pueden resultar ilustrativas las palabras de Manuel Ortega –dirigente emberá, pueblo indígena de la región del Darién, en este caso de la parte panameña de esta región. En una entrevista que le hice en el marco del Festival, para explicarme la participación de su organización en él, Ortega me informó que ellos estaban comprometidos en un proceso de mapeo de sus tierras para lograr el reconocimiento de sus derechos sobre ellas, y agregó lo siguiente:

“(…) nosotros estamos pidiendo un apoyo a cualquier organismo internacional (...) porque a ese proceso de mapeo le faltan dos etapas para terminar. Por eso nosotros esperamos alguien que financie, que alguien nos ayude a nosotros en ese sentido. Porque si nosotros dejamos eso, se van a perder muchas cosas en sectores indígenas, primero la botánica, la fauna silvestre, *la biosfera, la biodiversidad, el medio ambiente, la ecología*, ahí se va a perder mucho. Por eso nosotros queremos (...) un apoyo (...) porque la verdad es que somos pobres en ese sentido [financiero] pero ricos en la inteligencia y *ricos en recursos naturales*” [las itálicas son del autor].

Resulta interesante observar cuántas palabras de las que en años recientes han sido claves en la defensa por parte de los pueblos indígenas de su derecho

histórico a continuar ejerciendo control sobre sus territorios ancestrales –o bien recuperarlo– empleó Ortega en esta breve respuesta. También es instructivo observar cuáles utilizó. Notemos que no sólo utilizó las más difundidas, sino incluso otras que, como “biosfera” y “biodiversidad”, son de uso más especializado y forman parte de jergas empleadas principalmente por especialistas en el tema y por el movimiento ambientalista.

Según surgió en las entrevistas que le hice, Ortega incorporó estas expresiones a su vocabulario a partir de sus intercambios con representantes de organizaciones ambientalistas del exterior y con otras panameñas pero que participan de intercambios con el exterior. Lo significativo de la incorporación de *estas expresiones es que proveen sentido a ciertas políticas y prácticas sociales* del pueblo emberá y sus organizaciones, y orientan el establecimiento de alianzas.

Pero lo más significativo de este ejemplo es que no tiene carácter excepcional, sino que es uno más de muchos otros que he conocido en mi trabajo de campo, algunos de los cuales ya he presentado en publicaciones anteriores referidas al final de este texto. Porque como lo ilustran diversos estudios en respuesta a lo que podríamos llamar la “globalización desde arriba”, numerosas organizaciones indígenas han aprendido a impulsar proyectos políticos y económicos basados en lo que suele denominarse su “peculiaridad cultural”. Mis propias investigaciones y las de algunos colegas permiten apreciar cómo estas representaciones de peculiaridad cultural (es decir, de sistemas de identidades y diferencias) son producidas en el contexto de sistemas de relaciones con una amplia gama de actores sociales de los mismos países y también con un espectro diverso de organizaciones del exterior, que pueden ser “locales” aunque de otros países, o bien actores globales tan diversos como redes de comercialización de artesanías, organizaciones ambientalistas y de defensa de los derechos indígenas, fundaciones privadas, Banco Mundial, el Banco Inter-Americano de Desarrollo, y diversas agencias gubernamentales de Estados Unidos, Canadá y varios países de Europa occidental.

Tanto accionar global por parte de organizaciones indígenas y otros tipos de organizaciones que podríamos llamar “locales”, produciendo lo que algunos denominan una “*globalización desde abajo*”, no proviene simplemente de sus propias iniciativas. Ni siquiera se debe simplemente a las iniciativas de los actores globales ya mencionados, o a las de otros semejantes. Esta “*globalización desde abajo*” es también, al menos parcialmente, una respuesta a otros procesos globalizantes que podríamos considerar parte de lo que algunos llaman una “*globalización desde arriba*”.

Dejando de lado la consideración de factores históricos de largo plazo, resulta que en las últimas dos décadas numerosos gobiernos latinoamericanos han adoptado análogos programas –frecuentemente llamados “de ajuste estructural”, lo cual se relaciona a su vez con *procesos de globalización* que involucran las prácticas de estos y otros gobiernos, así como las de empresarios nacionales, cor-

poraciones transnacionales, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y algunas universidades y grupos profesionales transnacionalmente vinculados en lo que podríamos llamar comunidades epistémicas transnacionales– que producen las teorías, métodos de investigación y políticas de intervención que sustentan los diagnósticos y aplicaciones en cuestión. Estos “programas de ajuste estructural” incluyen, entre otras, medidas políticas de reducción y descentralización del Estado, y también del tipo de las llamadas compensatorias de “alivio de la pobreza”. Entre otros efectos, estas políticas de “alivio la pobreza” promovidas y financiadas por el Banco Mundial han estimulado –no importa ahora si consciente o inconscientemente– la creación de numerosas organizaciones étnicas en relación a sus programas especialmente dedicados a pueblos indígenas (llamados poblaciones o comunidades en el vocabulario de estas instituciones), de mujeres en relación a los programas del tipo “mujer y desarrollo”, de “microempresarios” en relación a sus programas dedicados a fomentar la creación de pequeñas empresas, etc. Estos programas específicos, dirigidos a segmentos específicos de población, fomentan la preeminencia de *representaciones sociales* en torno a estas ideas, lo cual nuevamente nos remite a los aspectos culturales de estos procesos.

Para terminar con esta enumeración de ejemplos quiero hacer una breve referencia a un par de ellos que se relacionan con otro tipo de representaciones sociales: las que se articulan en torno a la idea de “sociedad civil”.

Desde las luchas del sindicato Solidaridad (de Polonia) y otros movimientos sociales que a partir de la década del ‘70 se desarrollaron en Europa oriental, se ha venido produciendo una ola mundial de procesos de (re)organización de la llamada “sociedad civil”. Esta oleada comprende también importantes procesos en numerosas sociedades latinoamericanas. Más allá de la innegable importancia de factores internos a cada una de las sociedades involucradas, y más allá de que ciertas nociones de “sociedad civil” integraban el vocabulario de algunos movimientos de izquierda desde décadas anteriores, fue recién con el fin de la Guerra Fría que determinadas representaciones de esta idea comenzaron a ser utilizadas por un número creciente de organizaciones de países latinoamericanos, las cuales paulatinamente se han ido vinculando transnacionalmente entre sí y con los actores globales que las promueven.

En tal sentido, es posible observar la influencia en estos *procesos* de una variedad de actores globales –en los que he venido estudiando puede observarse al menos la del Banco Inter-Americano de Desarrollo, el Banco Mundial, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Fundación Friedrich Ebert de Alemania, y varias organizaciones gubernamentales o paragubernamentales de los Estados Unidos, como por ejemplo la Agency for International Development (AID), el National Democratic Institute (NDI), y el National Republican Institute (NRI). Estos actores globales han venido promoviendo programas que ellos conciben como de “fortalecimiento de la sociedad civil” y de “organizaciones cí-

vicas” en la región. Estos actores globales también han organizado o apoyado eventos y redes de trabajo transnacionales –algunas de alcance global, otras regionales– que vinculan las prácticas de numerosos actores globales y locales. Estas redes y eventos se han constituido en espacios de intercambios, aprendizajes, coproducción y disputas en torno de diversas *representaciones sociales* de la idea de sociedad civil.

Por ejemplo, un evento de alcance latinoamericano de importancia fue el Encuentro de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, organizado por el BID en Washington en 1994, que contó con la participación de representantes tanto de organizaciones y gobiernos de América Latina como de varios actores globales. Significativamente, en el *Reporte* del encuentro se afirma que aunque el fortalecimiento de la sociedad civil es en lo fundamental un proceso social doméstico, es necesario que sea fortalecido por la comunidad internacional (BID, 1994: 3). La importancia de este evento para las dinámicas sociales en América Latina resulta evidente al considerar la experiencia de algunos dirigentes de organizaciones cívicas de la región. Por ejemplo, según me explicó María Rosa de Martini, vicepresidenta de la organización cívica argentina “Conciencia”:

“[Antes hablábamos de] *asociaciones voluntarias. No-gubernamentales* empezó a llamarlas Naciones Unidas. (...) *sociedad civil*, hubo un seminario organizado por el BID en Washington en 1994 (...) [que] fue muy importante. (...) Nosotras [todavía hablábamos de] *organizaciones no-gubernamentales*, y cuando yo volví [de ese seminario del BID] me acuerdo patente haber estado acá en la reunión de comisión directiva y decirles bueno, la nueva cosa es el *fortalecimiento de la sociedad civil*” [entrevista del 16/09/97; las itálicas son del autor].

Los eventos de este tipo producen efectos que no se limitan a una cuestión de vocabulario, sino que tienen consecuencias en la acción. Por ejemplo, según me explicó la citada María Rosa de Martini, lo importante de la denominación “sociedad civil” –que al momento del evento del BID le resultaba novedosa– es que ha permitido visualizar de manera abarcadora lo que ella desde entonces denominaría “el sector”, lo cual a su vez ha hecho posible construir alianzas, formular políticas y elaborar y ejecutar proyectos de maneras que antes no eran posibles.

Pero no es sólo a través de eventos globales o regionales que se producen y circulan representaciones de la idea de sociedad civil. Los eventos aquí comentados son posibles porque existen ciertas redes de trabajo más estables, que a su vez se consolidan y desarrollan de este modo y que adquieren importancia por los intercambios que de manera más permanente vehiculizan.

Respecto de los modos de incorporación de la idea de sociedad civil al vocabulario público de al menos algunos países latinoamericanos, resulta interesante considerar las reflexiones de Silvia Uranga, al momento de la entrevista presiden-

te de esa misma organización, quien me explicó cómo había incorporado a su vocabulario la idea de “sociedad civil” en estos términos:

“Será hará cinco años más o menos. (...) Por lo general haces proyectos con fundaciones extranjeras, etc., entonces ya te empiezan a hablar, y como que *empieza un código*, o como que *empiezas a nombrar las cosas de diferente forma*. Te digo que nosotros empezamos a hablar de sociedad civil y nadie nos entendía nada. O sea que le teníamos que mandar a nuestras sedes [de todo el país] nuestro mensaje y te lo discutían. Pero lo bueno es que como que ha demostrado que es un sector importante. O sea que el término ha ayudado también a poderlo circunscribir, a definir algo que estaba” [entrevista del 16/09/97, las itálicas son del autor].

A propósito de la experiencia de Conciencia de Buenos Aires con sus sedes del resto del país, es interesante considerar las apreciaciones de Julia de Soria, de la directiva de Conciencia Córdoba (filial de Conciencia en la ciudad capital de la provincia de Córdoba, Argentina):

“Comenzamos a autodenominarnos *sociedad civil* la primera vez que estuvimos en una capacitación, porque esto depende también de organismos que capacitan que van poniéndole rótulos al *trabajo voluntario*. Fue al comienzo del advenimiento de la democracia, cuando comenzó nuestro país a relacionarse con organizaciones extranjeras, entonces ahí empezamos a *recibir este nuevo nombre*. Ahora con más fuerza que nunca desde hace cuatro o cinco años en nuestro país, al crearse el Foro del *Sector Social*, se está ajustando cada vez más” [entrevista realizada por la Lic. María Cristina Dalmagro (2000:4) el 17/12/99, las itálicas son del autor].

Obsérvese en las declaraciones anteriores no sólo el dato sobre el proceso de adopción de la idea de sociedad civil, sino además el pasaje de la idea de “trabajo voluntario”, anterior al proceso que estoy analizando, a la idea de “sociedad civil”, y más recientemente la incorporación de la idea de “sector social” (a veces también llamado “el sector”, por ejemplo por Silvia Uranga en sus palabras antes citadas, o también “tercer sector”) y la asimilación –o al menos asociación fuerte– de la idea de “sociedad civil” a la de “el sector”.

A propósito de la incorporación de la idea de “sociedad civil” al vocabulario público en Argentina, también consulté a Roberto Saba, director ejecutivo de la organización cívica Poder Ciudadano:

“Yo conozco gente que hoy es protagonista en Argentina en el tema de sociedad civil, que hace unos siete años me preguntaba qué es la sociedad civil. Y hoy está en el lenguaje cotidiano. (...) El término sociedad civil (...) se asocia mucho por ejemplo, pero creo que mal, con organizaciones no gubernamentales [ONG]. O sea [se asume erróneamente que] el grupo de las organizaciones no gubernamentales forma la sociedad civil. Cuando

viene el Banco Mundial, o el BID, a estimular el desarrollo de la sociedad civil, buscan con qué ONG trabajar. Y creo que sociedad civil es un concepto más antiguo y tiene que ver con una ciudadanía educada, activa, participativa que busca los canales para hacer todo esto en organizaciones. Pero las organizaciones no son la sociedad civil. La sociedad civil la forma la sociedad que ha logrado pasar de ser un grupo de individuos privados a compartir algún ideal público y común. (...) Me parece que el tema del financiamiento es muy importante. En el nacimiento de estas organizaciones hay mucha influencia internacional, positiva. No soy de los que creen que hubo una gran conspiración. Creo que hay felices coincidencias. Creo que hay como cruces de rutas. (...) A mediados de los '80 es cuando empieza a venir por algún lugar esta idea de sociedad civil. Después se mezcla con otro concepto que también viene de afuera, que es el *tercer sector*, o el sector independiente. (...) *Empieza a confundirse sociedad civil con tercer sector*" [entrevista del 18/09/97, las itálicas son del autor].

Pienso que las palabras de Roberto Saba nos ayudan a visualizar la importancia del papel jugado por algunos actores globales tanto en la incorporación y establecimiento de la idea de "sociedad civil" al vocabulario público, como en algunos de los atributos de sentido con que ha sido incorporada, y especialmente la asociación de las ideas de *sociedad civil*, *organizaciones no gubernamentales* y *tercer sector*, al punto que se asuman como prácticamente equivalentes.

Roberto Saba también ofreció valiosas reflexiones acerca de cómo el financiamiento internacional impacta el diseño de los programas de acción de las organizaciones cívicas latinoamericanas. Él se refirió a los programas de acción usando el término "agenda", el cual ha venido utilizándose en estos países de manera creciente en las últimas dos décadas. Si bien esta acepción del término también es apropiada en castellano, no era tan utilizada dos décadas atrás. Debe su creciente uso a los intercambios con organismos de Naciones Unidas y otros actores globales que se expresan en inglés, sea porque ésta es la lengua nacional de sus sociedades de origen, sea porque ésta es la "lingua franca" del globo en este momento de la historia, o porque como se ha dicho, la globalización habla inglés. Pero veamos las declaraciones de Saba:

"Los organismos que dan dinero, a los cuales estamos absolutamente agradecidos y creo que sin el aporte que hemos tenido hasta ahora nada de lo que se ha hecho en América Latina a nivel de *sociedad civil* se podría haber hecho. Pero tienen un problema, que la agenda del organismo financiador –aunque obviamente no estamos sentados en el directorio de ningún *grant maker* [fundaciones y otras organizaciones que otorgan fondos para proyectos y programas] para ver cuáles son sus problemas, y hay excelentes *grant makers* que se asesoran muy bien– pero quiero decir la agenda [de ellos] está en otro lugar. [No obstante] es muy común que coincidan las agendas.

[...No se trata de] que nosotros cambiamos agendas para obtener financiamiento externo. No. Lo que haces es alterar prioridades por ejemplo. Si tu prioridad uno es el proyecto uno, tu prioridad dos el proyecto dos, tu prioridad tres el proyecto tres. Y después este proyecto tres obtiene financiamiento externo y los otros dos no, no es que pasó a ser la prioridad uno, pero pasó a ser el proyecto que haces. En eso remarco que no estás vendiendo el alma al diablo, estás alterando tus prioridades, negociando. Pero puede ser que ese proyecto prioridad uno sea muy importante para tu organización y para tu país y que esto no se vea. (...) Te imaginas que este funcionamiento, primero te obliga a generar proyectos (...) que a veces no son los más interesantes. Pueden ser tu prioridad siete, o diez. Yo nunca haría una cosa que está fuera de mis intereses, pero hemos hecho cosas que estaban muy abajo en nuestra prioridad” [entrevista del 18/09/97, las *itálicas* son del autor].

Me interesa volver al asunto de los solapamientos entre ideas de “sociedad civil” y de “tercer sector” mencionado anteriormente por Saba. Al respecto puede resultar útil tomar en cuenta la opinión de Mario Roitter, experto en el tema e investigador del Centro de Estudios de Estado y Sociedad, de Buenos Aires, quien al responder una pregunta que le formulé al respecto no sólo puso de relieve el papel jugado por algunos actores globales en la promoción de ciertas representaciones de ideas de “sociedad civil” y “tercer sector”, sino que además explicitó también el papel jugado por redes académicas transnacionales en este proceso. Veamos las declaraciones de Roitter:

“[Este] es un campo nuevo [... que no está] consolidado. Lo más importante que no está consolidado (...) es el lenguaje [y] en la institución del lenguaje el sector académico tiene muchísima importancia (...). En cualquier publicación las denominaciones son muy variadas, se denomina el sector independiente desde una perspectiva, el sector sin fines de lucro desde otra perspectiva, la economía social desde otra perspectiva, el tercer sector desde otra perspectiva, las organizaciones de la sociedad civil desde otra perspectiva y muchísimas veces no hay claridad sobre qué es una cosa y qué es la otra. (...) El mundo académico está ayudando mucho a clarificar algunos términos y a definir cuál es el perímetro, cuál es el objeto de estudio, una necesidad que tiene el campo académico y que no tienen otros sectores (...). Este sector nace como un sector globalizado, nace entre otras cosas porque conceptualizar esto como un sector es una idea anglosajona (...) [La Fundación W.K.] tiene un rol muy importante en la construcción del sector académico y en la construcción de la idea del tercer sector en América Latina” [entrevista del 21/08/01].

Resulta interesante relacionar los comentarios de Mario Roitter con lo apuntado páginas atrás a propósito del papel jugado por algunas redes académicas en la producción y proyección de ideas neoliberales. Esto me invita a poner de relieve

ve tanto la importancia de algunas articulaciones –digamos “directas”– entre redes académicas y otros tipos de actores, como también otras más “indirectas” o “mediadas”. En ambos casos, redes de tipo académico proveen o reelaboran vocabularios, ideas y teorías que de un modo u otros (y esto de los modos merece y requiere una elaboración que limitaciones de espacio impiden intentar) resultan significativas para las prácticas de los actores. Este tipo de relaciones obviamente no se limita a los casos de estos dos tipos de ideas y teorías, sino que comprende a muchos otros. Notablemente también comprende a las propias ideas de “cultura” e “identidad” producidas desde la antropología y hoy apropiadas y usadas de maneras muy diversas por numerosos actores sociales. Seguramente cada uno de nosotros sabe de esto por fuentes diversas. Para no dejar la aseveración en el aire y cumplir con los rituales de la escritura académica, diré que en mi caso la más reciente de ellas ha sido las palabras de Mario Conejo, alcalde de Otavalo (Ecuador) y dirigente político del pueblo otavaleño, quien en una entrevista reciente me respondió explícitamente que su fuente al respecto han sido “los antropólogos” (entrevista del 12/06/01). Lo más importante del caso puesto sobre el tapete por Roitter es que curiosamente –dada nuestra condición de investigadores y de productores de ideas y teorías– el de nuestros propios papeles en los procesos sociales es un tema sobre el cual lamentablemente no solemos elaborar suficientemente. No obstante, dadas las limitaciones de extensión en esta oportunidad sólo puedo señalarlo: queda pendiente trabajar más sobre él.

Pero dejando de lado el caso del papel jugado por las redes académicas y volviendo al importante papel jugado por algunos actores globales institucionales, es interesante notar cómo las palabras de Roitter se suman en este sentido a las de los otros entrevistados ya citados, así como también a las de Alicia Cytryblum, editora general de la revista argentina *Tercer Sector*, fundada en 1994 precisamente con apoyo de la ya nombrada Fundación Kellogg. Veamos sus palabras:

“Tercer sector era un genérico, es un nombre que trajo Andrés [Thompson, Director de Programas de la Fundación Kellogg para América Latina y el Caribe], es un nombre genérico en Estados Unidos [... El] venía como muy empapado sobre lo que es el tercer sector desde antes de que la gente de aquí supiera (...). Bueno es algo muy nuevo en Argentina (...). Así empezó la revista” [Entrevista del 19/08/99].

Al recoger sus palabras para someter a su consideración mi idea acerca de la importancia de los actores globales, Cytryblum respondió:

“Definitivamente no tengo ninguna duda, en el sentido que lo planteás, de lo global, de otro país. La Fundación Kellogg decide financiar la revista con el objetivo de estimular la filantropía y el voluntariado en la Argentina, hay como un plan en este sentido (...). Un plan de la Fundación Kellogg para Latinoamérica (...). Hay como un plan, un plan continental (...). Cuando el BID decide apoyar (...) es una decisión que no sale de Bolivia, de

Montevideo (...), que si bien es beneficioso es un plan importado que responderá a miles de cosas, pero que en definitiva es beneficioso” [entrevista del 19/08/99].

Resulta interesante no perder de vista este énfasis hecho por Cytryblum en que se trata de algo “beneficioso”. ¿A qué viene esto? ¿Por qué sería beneficioso?

Antes de responder a ello quiero dejar sentado un asunto: tanto las palabras de Mario Roitter como las de Alicia Cytryblum, Roberto Saba y Silvia Uranga, nos permiten apreciar algunos de los aspectos económicos de procesos que habitualmente sólo se ven como políticos o culturales. Pero hay además otros aspectos económicos que están implícitos en las palabras de Cytryblum y que hacen al tema de lo “beneficioso”, y así al del papel asistencialista de algunas organizaciones del “tercer sector”. ¿Por qué estas organizaciones han adquirido la importancia que han adquirido? Como lo sugería, esto nos remite a otro asunto a la vez económico, cultural y político: a la relación entre la promoción de las ideas de “tercer sector” por varios actores globales, cierta necesidad de fortalecer organizaciones de estos tipos, y la aplicación de los programas llamados “de ajuste estructural”, o también de “achicamiento” del aparato estatal. Aunque no puedo analizar aquí estas relaciones, ellas son explícitas incluso por ejemplo en el Reporte del BID antes citado (BID, 1994).

Ideas para el debate

Pienso que los ejemplos acerca de la producción transnacional de representaciones de identidad, sociedad civil, tercer sector y otros asociados presentados en las últimas páginas ilustran cómo *en los actuales tiempos de globalización la producción de representaciones sociales de ideas de “identidad”, “sociedad civil”, “tercer sector” y otras por parte de actores sociales significativos –como por ejemplo organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.– se relaciona de diversas maneras con su participación en sistemas de relaciones transnacionales en los cuales intervienen también actores locales de otros países y juegan papeles importantes algunos actores globales*. Esto no implica que tales actores locales adopten sin más las *representaciones sociales* que promueven los actores globales, sino que las elaboran en el marco de esas relaciones transnacionales. El resultado es que *las representaciones que orientan las acciones de numerosos actores locales que juegan papeles significativos en la orientación de las transformaciones sociales en curso se relacionan de manera significativa, pero de formas diversas, con las de los actores globales*. Si bien en algunos casos esto supone la adopción de ciertas *representaciones* y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otros implica rechazo o resistencia, negociación o apropiación creativa. En fin, el estudio de casos verifica que las relaciones son ineludibles y que se establecen distintos tipos de relaciones entre las representaciones y orientaciones de

acción de unos y otros actores (he analizado más extensamente estos asuntos en Mato 1999[b], 2000[b], 2001[a]).

Los discursos más frecuentes sobre eso que llaman “globalización” no nos permiten ver qué hacen los actores sociales, cómo actúan y cómo podemos intervenir. Por el contrario, necesitamos desarrollar enfoques que nos muestren cómo los *procesos de globalización* resultan de las *políticas y prácticas de los actores sociales*, y que de este modo nos orienten en la formulación de nuestras propias *políticas*.

Los enfoques más corrientes no nos permiten ver cómo se relacionan “lo político”, “lo cultural” y “lo económico”. Necesitamos analizar los procesos sociales de maneras que nos muestren esas relaciones, pero no de manera retórica general, sino de manera particular, en cada proceso, cada caso, cada actor. Pienso que a esto contribuyen no sólo los ejemplos de las últimas páginas de este artículo (de producción transnacional de representaciones) sino también los de las primeras (de las maquiladoras, de McDonald’ s y de la industria de la telenovela). Todos ellos tomados en su conjunto tienden a mostrar cómo “lo político”, “lo cultural” y “lo económico” no son atributos “objetivos” de los aspectos de la experiencia social que construimos como objetos de estudio, sino antes bien atributos de nuestras maneras de observar y analizar; es decir, de nuestra perspectiva y mirada. En otras palabras, no son “atributos objetivos”, sino atribuciones que subjetivamente hacemos a esos procesos, fenómenos, “objetos” de estudio. A propósito de esto y por su importante papel en la bibliografía contemporánea, me pareció conveniente hacer una digresión conceptual sobre las ideas de “industria cultural” y “consumo cultural” como la ofrecida páginas atrás, la cual, por lo demás, puede tomarse simplemente como un ejemplo del trabajo de revisión de las categorías analíticas que necesitamos hacer permanentemente.

Pienso que análisis del tipo de los aquí propuestos (multidimensionales, integrados, transdisciplinarios o “in-disciplinados”) pueden resultar útiles para que los actores sociales puedan desarrollar más reflexiva y conscientemente sus maneras de mirar, y en base a ellas sus propias *políticas culturales* –es decir, sus políticas de lo simbólico social, incluyendo en esto sus propias formulaciones de identidad (y otras asociadas), que son precisamente de las que depende su constitución en tanto actores conscientes y activos –y de este modo las que pueden permitirles orientar sus propias prácticas de maneras más autónomas e informadas. A propósito de este asunto sería interesante retomar el tema que dejé planteado páginas atrás acerca de los papeles jugados, y/o a jugar, por redes de investigadores, o quizás plantearlo más políticamente como papeles jugados por intelectuales. Pero como ya lo afirmaba más arriba, limitaciones de extensión impiden tratarlo acá, de uno u otro modo. No obstante, en un texto reciente trato el tema de las relaciones entre intelectuales, investigaciones y movimientos sociales en América Latina, de manera relacionada con estos interrogantes (Mato, 2001[b]).

Porque eso que llaman “globalización” no es producto de fuerzas sobrehumanas: no resulta del capricho de diosas y dioses, sino de las prácticas de numerosos actores sociales que participan en procesos sociales específicos. Eso que llaman “globalización” no resulta tan sólo de lo que hacen gobiernos y organismos intergubernamentales (llamados internacionales), sino también de lo que hacen organizaciones comunitarias, diversos tipos de organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales, de sus *políticas*, de nuestras *políticas*.

Pienso que tales *políticas culturales*, formuladas conciente e informadamente en el marco de estos *tiempos de globalización*, pueden ayudarnos a impulsar transformaciones que apunten a construir formas de organización social más justas y solidarias, tanto a niveles locales y nacionales como internacionales y transnacionales. Y en esto las relaciones transnacionales entre actores sociales, las relaciones con actores basados en otros países (sea que las prácticas de estos actores sean de alcance local, regional o global) no son de suyo ni “malas” ni “buenas”. Lo provechoso o no de esas relaciones para el avance hacia formas de organización social más justas en cada sociedad local o nacional no depende del carácter “local” o “extranjero” de tales otros actores, sino de los contenidos específicos de las *representaciones*, *políticas* y *programas de acción* promovidos por esos otros actores, así como de la información y conciencia que los actores “locales” tengan de esas relaciones y de su autonomía y capacidades de aprendizaje creativo en un mundo cada vez más interrelacionado, y en este sentido cada vez más globalizado.

Bibliografía

- Alvarez, Sonia, Evelina Dagnino and Arturo Escobar (editores) 1998 *Cultures of Politics, Politics of Cultures* (Boulder: Westview Press).
- Appadurai 1996 *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Arizpe, Lourdes 2001 “Cultura, creatividad y gobernabilidad”, en Daniel Mato (compilador) *Globalización, cultura y transformaciones sociales* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).
- Benjamin, Walter 1968 (1936) “The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction”, en *Illuminations* (Nueva York: Schocken Books), págs.: 217-253.
- BID (Inter-American Development Bank) 1994 *Summary Report of the conference on Strengthening Civil Society* (Washington D.C.: Inter-American Development Bank).
- Dagnino, Evelina (ed.) 1994 *Anos 90: Política e Sociedade no Brasil* (São Paulo: Ed. Brasiliense).
- Dalmagro, María Cristina 2000 “Trabajo Final del seminario de postgrado ‘Estudios Culturales Latinoamericanos’: investigaciones sobre cultura y política en América Latina y dilemas de su institucionalización”, a cargo de Daniel Mato, Escuela de Letras, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) 11 páginas y anexos.
- Featherstone, Mike (ed.) 1990 *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity* (Londres: Sage).
- García Canclini, Néstor 1995 *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización* (México: Grijalbo).
- García Canclini, Néstor 1999 *La globalización imaginada* (México: Editorial Paidós).
- García Canclini, Néstor 2001 “Definiciones en Transición”, en Daniel Mato (compilador) *Globalización, cultura y transformaciones sociales* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).
- Garretón, Manuel (coordinador) 1999 *América Latina: un espacio cultural en un mundo globalizado* (Bogotá: Convenio Andrés Bello).
- Green, Linda 1995 “La localización de lo global: cambios en las experiencias de espacio social, tiempo y lugar en las comunidades mayas de Guatemala”. Ponencia presentada en el Coloquio y Simposio Internacional “Globalización y construcción de identidades y diferencias, conflictos y transformaciones socio-políticas en América Latina” (Caracas) Programa Globalización, Cul-

tura y Transformaciones Sociales, Universidad Central de Venezuela, 9 al 13 de octubre.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno 1979 (1947) “La industria cultural”, en Autores varios *Industria cultural y sociedad de masas* (Caracas: Monte Avila Editores) 177-230.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno 1991 *Dialéctica del Iluminismo* (Buenos Aires: Sur).

Martín-Barbero, Jesús y Ana María Ochoa Gautier 2001 “Políticas de multiculturalidad y desubicaciones de lo popular”, en Daniel Mato (coompilador) *Globalización, cultura y transformaciones sociales* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Mato, Daniel 1995 *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades en América Latina y el Caribe* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).

Mato, Daniel 1996 “Globalización, procesos culturales y cambios sociopolíticos en América Latina”, en D. Mato, M. Montero y E. Amodio (coordinadores) *América Latina en tiempos de globalización* (Caracas: UNESCO-Asociación Latinoamericana de Sociología-UCV) 11-47.

Mato, Daniel 1997 “Culturas indígenas y populares en tiempos de globalización”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 149, 100-113.

Mato, Daniel 1998[a] “On the Making of Transnational Identities in the Age of Globalization: The U.S. Latina/o- ‘Latin’ American Case”, en *Cultural Studies* 12 (4): 598-620.

Mato, Daniel 1998[b] “Culture, Development, and Indigenous Peoples in the Age of Globalization: The 1994 Smithsonian’s Folklife Festival and the Transnational Making of Representations”, en *Cultural Studies* 12 (2): 193-209.

Mato, Daniel 1999[a] “Sobre la fetichización de la ‘globalización’”, en *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura* (Caracas) 5 (1): 129-148.

Mato, Daniel 1999[b] “Globalización, representaciones sociales y transformaciones sociopolíticas”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 163, 152-163.

Mato, Daniel 1999[c] “Telenovelas: transnacionalización de la industria y transformaciones del género”, en Néstor García Canclini y Carlos Juan Moneta (coordinadores) *Las industrias culturales en la integración latinoamericana* (México: Grijalbo) 245-283.

Mato, Daniel 2000[a] “Miami en la transnacionalización de la industria de la telenovela: sobre la territorialidad de los procesos de globalización”. Ponencia

cia presentada en el Congreso de la Latin American Studies Association (LASA) Miami, 16-18 de marzo del 2000.

Mato, Daniel 2000[b] "Transnational Networking and the Social Production of Representations of Identities by Indigenous Peoples' Organizations of Latin America", en *International Sociology* 15 (2): 343-360

Mato, Daniel 2001[a] "Producción transnacional de representaciones sociales y cambio social en tiempos de globalización", en Daniel Mato (coeditor) *Globalización, cultura y transformaciones sociales* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Mato, Daniel 2001[b] "Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder". Estudio Introductorio a los números especiales sobre el mismo tema de las revistas *RELEA-Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados* (Caracas) N° 14, en prensa y *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas) Vol. 7, N° 3, en prensa.

Mattelart, Armand y Jean-Marie Piemme 1982 *Las industrias culturales: génesis de una idea*. En: Autores varios *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego* (México: Fondo de Cultura Económica y UNESCO) 62-75.

Ochoa Gautier, Ana María 2001 "Políticas culturales y Estado: las encrucijadas del multiculturalismo en Colombia". Ponencia presentada en la 2ª Reunión del Grupo de Trabajo "Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales" del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Caracas 9 al 11 de noviembre del 2000.

Peña, Devon 1997 *The Terror of the Machine: Technology, Work, Gender & Ecology on the U.S.-Mexico Border* (Austin: CMAS Books, The Center for Mexican American Studies, The University of Texas).

Red de Solidaridad de la Maquila 1995 Maquilas y Zonas Francas. En: Archivos del Centro de Recursos
<<http://www.maquilasolidarity.or/espanol/recursos/maquilas/s5maq.htm>>

Seoane, José y Emilio Taddei (compiladores) 2001 *Resistencias mundiales. [De Seattle a Porto Alegre]* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Therborn, Göran 1999 *Globalizations and Modernities: Experiences and Perspectives of Europe and Latin America* (Estocolmo: FRN, Swedish Council for Planning and Coordination of Research).

Yúdice, George 1997 *Globalización de la cultura y nueva sociedad civil*. Caracas: Centro de Investigaciones Postdoctorales (CIPOST) Colección Cátedra de Estudios Avanzados.

Notas

1 La idea de *políticas culturales* que aquí propugno se basa, aunque además amplía, la ya propuesta anteriormente por otros colegas cuyos textos puede ser del mayor interés revisar por sus contribuciones a la crítica de las representaciones dominantes de la idea de “políticas culturales” (por ejemplo Arizpe 2001; Alvarez, Dagnino y Escobar (editores) 1998; Barbero y Ochoa-Gautier 2001; Dagnino, coord. 1994; García Canclini 1995, 1999, 2001; Garetón, coord. 1999; Ochoa-Gautier 2000; Yúdice 1997).

2 Agradezco a la Prof. Magdalena Valdivieso, Directora de la Escuela de Administración de la Universidad Central de Venezuela, la información acerca de la importancia del caso Mc Donald’s en la formación ofrecida por las escuelas de administración, así como la referencia a algunos textos significativos, como por ejemplo James Stoner y Edward Freeman 1998 (6ª Edición) *Administración* (México: Prentice Hall), que los lectores interesados podrían consultar al respecto.

3 Quisiera evitar un posible malentendido: al afirmar esto no estoy diciendo ni que todas esas modalidades organizativas mencionadas sean lo mismo, ni tampoco que todas busquen el lucro, ni que todas deben manejarse con “criterios de mercado”. No. Sólo estoy diciendo que necesitamos una visión integrada de lo cultural, lo económico y lo político para poder analizar lo que está pasando. Porque sólo así nos resultará posible comprender las relaciones que se dan por ejemplo entre las industrias del entretenimiento (es decir las de la música, la televisión, el cine, el video, la producción de espectáculos, etc., las cuales cada vez más funcionan de manera integrada, o al menos de maneras concertadas) y las personas que habitualmente llamamos los creadores, y entre todos estos y sus públicos.

4 He examinado más extensamente las relaciones transnacionales entre poblaciones autoidentificadas como latinas y otras autoidentificadas como latinoamericanas y la formación de identidades abarcantes en otro texto (Mato 1998[a]) que puede resultar de interés revisar en relación con esta argumentación.

5 He examinado diferentes aspectos del Programa Cultura y Desarrollo de la Smithsonian Institution y la Inter-American Foundation en publicaciones anteriores cuya lectura puede contribuir a una tener visión más abarcadora del mismo (Mato 1997, 1998[b], 2000[b], 2001).

6 Para los propósitos de la línea de investigación en la cual se basa este artículo he definido la idea de *representaciones sociales* –de manera operativa y sin pretensiones generalizadoras– como formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciables, producidas por actores sociales como formas de interpretación y simbolización de aspectos clave de su *experiencia social*.

En tanto unidades de sentido, las *representaciones sociales* “organizan” la percepción e interpretación de la *experiencia*, del mismo modo en que lo hacen por ejemplo las categorías analíticas en las formulaciones teóricas. Así, en mi concepción, y a diferencia de la formulación de Serge Moscovici, las categorías analíticas constituyen un tipo particular de *representaciones*. Podemos pensar en las *representaciones sociales* como las palabras o imágenes *clave* dentro de los discursos de los actores sociales: son aquellas unidades que, dentro de estos, condensan sentido. De este modo, orientan y otorgan sentido a las *prácticas sociales* que esos actores desarrollan en relación con ellas, y son modificadas a través de tales *prácticas*. He desarrollado más extensamente esta idea y comentado su relación con algunas teorías de las *representaciones sociales* en Mato 1999[b], 2001.

7 Esta asimilación, o asociación fuerte, entre las ideas de “sector social” y “sociedad civil”, forma parte del mismo proceso que vengo estudiando y merece un análisis más pormenorizado que el que las limitaciones de extensión del presente artículo me permiten ofrecer aquí. Analizo más extensamente este aspecto en un artículo en preparación que será incluido en el libro *Estudios Latinoamericanos sobre Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales II*, el cual recogerá versiones desarrolladas de las ponencias presentadas en la 2ª Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO, antes citada.